



Madrid 31 de Octubre de 1861.

SUMARIO. ARTICULOS.—Lecciones de moral, por doña Angela Grassi.—Memorias de una niña [continuación], por doña Joaquina G. Balmaseda.—A mi Hijo (poesía), por M. O. de M.—Los Ferro-carriles [continuación], por don José M. de Larrea.—Aventuras de un millonario [conclusión], por don E. Hernandez.—El 2 de Noviembre, por don Antonio Arnao.—La doctora de Alcalá, por doña Robustiana Armiño de Cuesta.

GRABADOS. Tunnel.—Puente de madera.—Cementerio.

LECCIONES DE MORAL.

V.

SENCILLEZ es sinónimo de verdad: la virtud mas sublime aparece como ridícula cuando deja de ser verdadera. Sencilla es la manifestacion que hace la naturaleza de sus portentos, y Dios ha dicho que de los sencillos será el reino de los cielos.

Esta hermosa cualidad á nadie conviene mejor que á las niñas, porque hace resaltar su candor y su modestia.

Tomo II.

Procurad, pues, ser sencillas en vuestras acciones, gustos y pensamientos, y esto dará sumo realce á vuestras perfecciones.

La sencillez es á la virtud lo que el engaste á las piedras preciosas. Jamás se emplea un engaste relumbrón para montar un magnífico diamante. Generalmente todo lo que sobrecargamos de adornos, es lo que consideramos de un mérito intrínseco muy escaso. Casi nunca los ponemos en un rico vestido de damasco, mientras los juzgamos indispensables para las telas de poca monta.

Lo mismo sucede en el orden moral.

Las palabras rebuscadas y retumbantes echan á perder la idea mas ingeniosa; la afectacion en el modo de obrar deslustra las acciones.

Núm. 41.

nes mas laudables. Raras veces llega al alma un discurso, por bien hecho que sea, si no hay en él espontaneidad, mientras una sola palabra, hija del corazón, nos convence y nos seduce. Es tal nuestro amor innato á la verdad, que hasta la mas leve sombra de artificio nos disgusta.

Así vemos que solo los que no son verdaderamente virtuosos, verdaderamente sensibles, verdaderamente amables, son los que hacen gala y ostentacion de estas cualidades.

El que es bueno, no necesita hacer mas que mostrarse tal como es, seguro de que la bondad del alma se revelará en cada una de sus palabras.

Igual sencillez debe acompañar á nuestras acciones: todo lo que practicamos con fastuosa prosopopeya, en lugar de admiracion, causa risa y menosprecio. Las atenciones prodigadas á nuestra familia, las lágrimas vertidas por aquellos que han dejado de existir, dejan de interesarnos y conmovernos si nos parecen afectadas.

La limosna hecha con sencillez, será doblemente grata al que ha dicho: cuando hicieses bien, que tu mano izquierda ignore lo que ha dado tu derecha.

Si es la sencillez un seguro de bien parecer en el mundo, no lo es menos de felicidad, y nadie recoge el fruto mas inmediato de su moderacion, como el que ha procurado esculpirla en su pecho.

Solo los placeres puros son verdaderos placeres, que no cansan nunca, y dejan en el alma recuerdos agradables. Los paseos por el campo, la lectura de libros instructivos, las conversaciones con personas de talento, y el procurar hacer agradable la existencia á cuantos nos rodean, son cosas que proporcionan al espíritu placeres suaves y variados.

En cuanto á los tumultuosos, nada demuestra mejor que son falsos como el considerar que es preciso economizarlos mucho para que no pierdan sus encantos.

Los placeres de la mesa, del teatro, de los bailes, nos parecen envidiables, solo en cuanto rara vez los disfrutamos. Si no comiéramos mas que manjares delicados, acabarían por pare-

cernos insípidos, y lo que es peor, por hacernos perder el apetito; si fuéramos todos los dias al teatro, el espectáculo mas hermoso nos llenaría de tédio.

La historia nos demuestra que no ha habido seres mas infelices que los voluptuosos sibaritas, porque el hastío es el compañero inseparable de la molicie. En un cuento, que quizá habreis oído, se dice que algunos cortesanos encargados por el rey mas poderoso, y mas desdichado de la tierra, de buscar á un hombre feliz, le hallaron en un trabajador del campo, que hasta carecia de camisa.

No es esto decir que la pobreza absoluta sea una garantía de felicidad, pero sí que es tanto mas dichoso aquel cuyos gustos é inclinaciones se acercan mas á la naturaleza sencilla y sin artificio.

Tened mas bien lástima que envidia á la niña á quien sus padres, extraviados por una ciega vanidad, visten con un lujo inconveniente. Y si no, védla inmóvil y afligida, mientras vosotras cogéis flores ó correis detrás de las pintadas mariposas. Ella no se atreve á entregarse á los alegres transportes propios de su edad, porque teme que el aire descomponga los pliegues de su traje, y los abrojos desgaren sus ricas guarniciones.

No os prescribo por esto que renunciéis á la compostura: la compostura es una virtud en la mujer; pero un bonito vestido de percal ó chaconada limpio y bien hecho, y una flor en el cabello, son los mejores atavíos. Esto sienta bien á la juventud, y en cuanto á la vejez, no hay galas, por lujosas que sean, que puedan disimularla.

La sencillez en el vestir indica un talento claro y un corazón bien formado, y mala idea dá de sí misma la niña que solo piensa en sus frívolos adornos.

Tan incómodo y tan inútil para el bienestar es el lujo en los trajes, como el lujo en las habitaciones.

Un cuarto atestado de preciosidades, solo sirve para que no nos atrevamos á movernos en él por temor de echar á perder los bellos objetos que contiene.

Una anciana llena de buen juicio y de prudencia, me repetía sin cesar en mi niñez, que los muebles de lujo son otros tantos amos á quienes debemos servir, y ahora conozco la justicia de este axioma.

Aunque el lujo haya sido el cáncer devorador de todas las edades, antes siquiera estribaba en objetos de oro y plata, cuyo valor intrínseco representaba siempre un capital para la familia que lo poseía, mientras ahora todo nuestro fausto, cuando queramos capitalizarlo, nos dará por resultado cero.

Insisto sobre este punto, hijas mías, porque lo juzgo necesario, ahora que el afán del lujo se ha hecho tan vertiginoso, que hasta alcanza á las niñas, que piensan en sus trajes en lugar de pensar en sus muñecas, y desprecian sus juguetes si no son de algun valor.

Y si esto es una ridiculez en vuestra edad, mas tarde será para vosotras y para vuestra familia un manantial de lágrimas y penas.

Creédme: solo las inclinaciones sencillas, solo los gustos inocentes proporcionan una verdadera felicidad al alma, y si los quereis mas vivos, haced bien en cualquier sentido que sea, y vuestro corazon, palpitando aceleradamente, os dará un inmenso placer en cada uno de sus latidos!

ANGELA GRASSI.

MEMORIAS DE UNA NIÑA. (1)

(Continuacion.)

VII.

CONTEMPORÁNEOS DE LA AUTORA.

Mi hermano, á quien yo consulto con frecuencia para que ayude mi memoria, me ha dicho que los autores de otras *Memorias* hablan de los personajes de su tiempo.

Yo hablaré tambien de los del mio, de aquellas amigas íntimas que tomaron parte en

muchas de mis alegrías, y las presentaré á mis lectores con todas sus cualidades y defectos.

Luisa era una niña de mi misma edad y de tan buen carácter, que nunca se entabló entre las dos la menor disputa: mi voluntad era la suya. Su rostro, redondo, sonrosado y de poca animacion, denotaba su carácter parado y de buen contentar. Era limpia, cuidadosa, complaciente, y jamás una mentira manchó sus labios: queria á sus padres, hasta el extremo de que cuando todas las niñas formábamos proyectos para el porvenir, ella esclamaba:

—Yo no dejaré nunca á mamá.

En fin, mi amiga Luisa era un modelo de niñas dóciles y juiciosas; pero como no hay persona perfecta, fuerza es llegar á los defectos de Luisa. Estos se reducian á una estremada indolencia, que le hacia dejar siempre para despues el quehacer del momento. Ah! sin duda es un defecto grave, defecto que yo tambien tenia, y estoy obligada á disculpar en ella, tanto mas, que puedo lisonjearme de que ambas hemos ido corrigiéndonos de él á medida que los años nos han hecho mas razonables.

Camila se parece poco á la niña que acabo de describir, así en la parte física como en la moral. Era delgada, morena, voluntariosa y dominante.

En todos nuestros juegos, el papel principal, el de reina, señora ó general, le correspondia de derecho, y en todos era ella siempre quien mandaba, nosotras quienes obedeciamos. En estos juegos, sus ademanes eran vivos, violentos, y nuestro principal cuidado al aperebirla, era esconder nuestras muñecas y juguetes, que rara vez salian vivos de sus manos.

No es esto decir que Camila fuese mala, no: tenia un corazon excelente, y los defectos que acabo de enumerar dice mamá que eran hijos de su mucha imaginacion. En efecto; en todo pensaba, á todo acudia, para todo encontraba remedio, y poseia el arte de aplacar el enojo de todos.

Estas cualidades, de tal modo han sido para ella beneficiosas con los años, que hoy Camila

[1] Véase el núm. 57.

en sus estudios y labores está mucho mas adelantada que cualquiera de nosotras.

Elena, ¡oh, Elena era un ángel! Aún me parece contemplarla con sus cabellos rubios, sus ojos del color del cielo, y su carácter dulce y cariñoso. Su voluntad era la de los otros, y jamás imponía su gusto: siempre aceptaba el de los demás.

Si teníamos necesidad de una estatua para nuestros juegos, Elena se pasaba las horas inmóvil; si se trataba de la gallina ciega, Elena se prestaba á ser la primera tapada, y si de las cuatro esquinas, á ser quien pidiese fuego. A esta bondad unía un corazón excelente, tanto, que lo que ella poseía era de todos, y al hacer conocimiento con cualquier niña, su primer impulso era regalarle todos sus juguetes: asimismo cuando cualquiera de nosotras estaba enferma, Elena se constituía en enfermera, y si no otra cosa, nos daba su compañía, sin temor al aburrimiento ni á la enfermedad.

Estas tres eran mis amigas mas íntimas, y con ellas contaba siempre que podía disponer de algunas horas de recreo ó se preparaba en casa alguna fiesta infantil. Ellas y yo éramos las cuatro inseparables. Deberé hacer el retrato del cuarto personaje?

Oh! no. A ese le conocen mis lectoras mejor que yo misma. Todos mis defectos, todas mis faltas, las he enumerado en estas *Memorias* con gran escrupulosidad, y seguiré narrándolas hasta llegar á la edad que hoy tengo.

Gracias á los cuidados de mamá y de mi aya Margarita, que se desvela por mi bien y no me deja pasar ninguna falta sin correctivo, tengo la satisfacción de que la niña de diez años se parezca muy poco á la niña de seis, que hasta ahora han conocido mis lectoras.

(*Se continuará*)

JOAQUINA GARCIA BALMASEDA.



Á MI HIJO.

Hijo del alma mia
Duerme tranquilo,
Que tu madre amorosa
Guarda, hijo mio,
Tu dulce sueño:
Y por tí, puro un ángel,
Vela en el cielo.

Blanca flor delicada,
Rica de esencia,
Que en el pensil de amores
Brotó primera,
Tu blando aroma
Calmará de tus padres
Las penas todas.

Que en esta triste vida,
Mentida y corta,
Las espinas son muchas,
Las flores pocas;
Y aun de la dicha
Las flores delicadas
Guardan espinas.

Ay! tu madre solícita
Sabrá, hijo mio,
Separar las espinas
De tu camino:
¡Y al cielo plazca
Que solo flores halles
En tu jornada!

Ángel de amor que vienes
Del alto cielo,
Á esparcir en la tierra
Paz y contento;
Tráenos, bien mio,
Las virtudes que nacen
En el empíreo.

No remontes al cielo
Tus blancas alas,
Que tú solo, hijo mio,
La dicha guardas,
De quien te diera,
Todo el amor de su alma
Con la existencia.

Si Dios en sus destinos
Justos y santos,
Quiere colmar la dicha
Que hoy disfrutamos,
Será, hijo mio,
Si al morirnos recojes
Nuestros suspiros.

M. O. DE M.

Bilbao.—Febrero, 1861.

LOS FERRO-CARRILES.

(Continuacion.)

Cuando nuestros jóvenes viajeros hubieron contestado cortesmente á algunas preguntas que los habian hecho, dijo Luis á Luciano:

—Ibas á explicarme, segun creo, la construccion de un camino de hierro.

—A esplicártela precisamente, nó; porque esto exigiria, en tí para comprenderme y en mí para hacerme comprender, conocimientos no solamente superiores á nuestra edad, sino agenos además á las carreras á que nuestras familias nos destinan. El saber dirigir la construccion de un ferro-carril incumbe solamente á los ingenieros de caminos, canales y puertos, segun papá me ha dicho, y no habiendo nosotros de seguir esta carrera, nos bastarán algunas ideas generales de lo que es una vía férrea.

—Tienes razon, dijo Luis, y así espero que no me hables mas que de aquello que yo pueda comprender.

—Si en los caminos ordinarios, continuó Luciano, es necesario procurar salvar las alturas por medio de rodeos, pues no hay nada mas fácil que el vuelco de un carruaje al subir ó bajar una cuesta, considera cuanto mas preciso no será esto en un ferro-carril, donde la máquina arrastra tan enorme peso. Bástete saber que si la locomotora recorre un plano horizontal con una fuerza representada por 1, para subir una pendiente, casi imperceptible, de 5 milímetros por metro, necesita emplear una fuerza representada por 2, esto es, doble; por 3 ó triplicada si la pendiente es de 1 centímetro; por 5 ó quintuplicada si la pendiente es de 2 centímetros, etc.: esto sin contar con la facilidad con que un tren, abandonado á sí propio, se precipita por un plano algo inclinado.

—Pues nada mas fácil que salvar ese inconveniente: cuando se encuentre un monte se va rodeando por su falda, como he visto yo que pasa en muchos caminos de carretera.

—Sí; pero en los de hierro no puede ha-

cerse eso tan fácilmente. Cada rodeo de esos describiria una curva, ó lo que es lo mismo, el camino iria formando *eses*.

—Es cierto.

—Pues bien; si las *eses* ó curvas fuesen pequeñas, toda esta larga línea de carruajes que van rectos los unos detrás de los otros no podrian amoldarse á ellas: las ruedas de los carruajes se saldrian de los carriles y tendria lugar lo que se llama un descarrilamiento, produciendo consecuencias casi siempre funestas ó cuando menos embarazosas. Comprenderás, pues, que en estos caminos es necesario que las curvas sean muy abiertas y los desniveles muy pequeños.

—Pues entonces debe ser muy difícil hacer un camino así.

—Lo es indudablemente, y las dificultades empiezan desde el momento en que los ingenieros hacen los *estudios*, viendo cual puede ser la direccion del camino, á lo que se da el nombre de *trazado*. Una vez adoptado éste, hay que seguirle exactamente, y cuando se encuentra al paso una hondonada, es preciso rellenarla en el ancho que ocupa la vía, echando gran cantidad de tierra, y esto es lo que se llama un *terraplen*. Si se encuentra, al contrario, una eminencia, es preciso abrirse paso por en medio de ella, haciendo una ranura de alguna mas latitud que la vía, que entonces pasa entre dos alturas, y esto recibe el nombre de *desmonte*: cuando éste ha de hacerse solamente en montecillos de tierra es menos difícil, pero cuando es preciso cortar peñas ó montañas de piedra viva, es necesario hacer *barrenos*.

—Y qué son barrenos?

—Se dá este nombre á un agujero que van abriendo en la piedra uno ó dos hombres, dejando caer repetidamente sobre ella una larga barra de hierro: cuando el agujero tiene la profundidad suficiente se carga con pólvora, y despues, con unas mechas llamadas de seguridad, se les dá fuego; entonces parece que se dispara un cañonazo, y con la fuerza de la explosion la peña se abre, cayendo rota en grandes pedazos. Considera tú cuánta pólvora, cuántos brazos y cuánto tiempo no serán ne-

cesarios para romper una larga montaña de piedra.

desmontes de esta clase ó parecidos.

—Así es; y tambien se encuentran en otros

ferro-carriles de España, especialmente en las secciones del ferro-carril del Norte, que atraviesan las provincias Vascongadas, y en el de Alar á Santander. Los desmontes y terraplenes se llaman tambien *movimientos de tierra*; pero acontece á lo mejor que la montaña es tan alta que seria dificilísimo desmontarla; entonces se abre por su parte interior una especie de subterráneo ó galería abovedada que se llama *túnel*. El de Oaurza en el ferro-carril del Norte será uno de los mayores de su clase en España. Vienen luego las *obras de fábrica*. Para pasar los rios es necesario construir *puentes*, los cuales tendrán mayor ó menor número de ojos ó arcos, y serán ó todos de piedra ó con estribos de fábrica y tablero de hierro, etc.; pero siempre con la solidez necesaria para sostener el peso del



Túnel.

—Me parece haber leído, no sé dónde, que en la seccion de Madrid al Escorial hay varios

tren. Algunas veces, ya sobre el lecho de un rio ó arroyo que solo corre en las crecidas

del invierno, ya para evitar el hacer un terraplen demasiado alto, se construye una especie de puente grande que se llama *viaducto*. A las aguas llovedizas se dá paso por medio de *tajeas, sifones y alcantarillas*.

—Dime, y ¿no puede suceder que un ferrocarril atraviese una carretera?

granja ó casa de campo, se hace un puente de madera, sobre el cual pasa la gente y por debajo el ferrocarril.

Cuando se han hecho todas estas obras se dice que la vía está *esplanada*, y entonces se empiezan á colocar *las traviesas*, que son unos grandes travesaños de madera, sobre los cuales se fijan



Puente de madera.

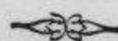
—Sí por cierto, y esto puede tener lugar de tres distintos modos. Cuando un ferrocarril y una carretera se cruzan á la misma altura, lo que se llama *paso á nivel*, basta poner á ambos lados unas barreras, que se cierran cuando va á pasar el tren; si el ferrocarril está mas alto, se construye un puente, por debajo del cual pasa la carretera; si está mas bajo, la carretera irá por encima del puente; á esto se llama respectivamente *paso de nivel inferior* y *paso de nivel superior*.

A veces, si lo que atraviesa la vía es un camino vecinal ó senda que conduce á alguna

los *rails* ó *barras-carriles*, que, como ya sabes, son de hierro, cubriéndolo todo con un par de capas de arena gruesa ó piedra menuda, á que se dá el nombre de *balastro*. Hecho esto, y levantadas las *estaciones, talleres, cocheras, casillas de guarda* y demás edificios, está el ferrocarril concluido y se puede abrir al servicio del público, lo que se llama entregarle á *la explotación*.

(Se continuará.)

JOSÉ M. DE LARREA.



AVENTURAS DE UN MILLONARIO.

[Conclusion.]

XII.

DESENLACE.

Cuando transcurridos algunos minutos recobró Raoul el sentido, y pudo darse cuenta de las personas que le rodeaban, su asombro no reconoció límites: se hallaba en presencia del Sr. de Ferrieres y del príncipe de la Alcachofa.

—Sueño ó he perdido el juicio, exclamó oprimiéndose con la mano calenturienta su frente que ardía.

—No sueñas, hijo mio, le contestó con dulzura el señor de Ferrieres.

—Señor, desconfiad de ese hombre, dijo Raoul señalando al príncipe de la Alcachofa.

—No soy tal príncipe de la Alcachofa, porque no existe semejante título.

—Quién sois, pues.

—Tu tío, Edmundo de Chavigny.

—Vos mi tío... Entonces qué significa...

—Ya lo sabrás: antes quiero que conozcas á un antiguo criado que me ha servido lealmente durante mi permanencia en América. Acércate, Antonio.

—Selim! murmuró Raoul. ¿Te llamas Antonio y no has sido ayuda de cámara de S. E. el embajador de Rusia?

—No he tenido otro amo que vuestro tío, contestó el fingido nubiano y falso Selim.

—Quiéres conocer al jefe de la partida de bandoleros? Héle aquí.

Raoul se ruborizó al reconocer en él al cocinero de la fonda.

—Ahora, ármate de valor, continuó el honrado comerciante... Renuncia á los millones que te han hecho tan dichoso, pero que nunca han existido... Ni has ganado el premio de la lotería, ni eres conde. Voy á explicarte este enigma.

—Gracias al cielo! exclamó Raoul... No digais los millones que me han hecho tan dichoso, sino tan desgraciado.

—Á mi regreso á Francia, mi primera visita fué para tu tutor: por él supe tu excesivo orgullo y tu inmoderado deseo de ser rico, tu poco apego al trabajo y la esperanza de heredarme... Temblé por tu porvenir... El billete de la lotería de Franfort encontrado entre tus papeles me inspiró el pensamiento que he ejecutado despues. Mandé imprimir una lista de números agraciados para hacerte creer que eras inmensamente rico y demostrarte, andando el tiempo, que una fortuna excesiva es un mal y no un bien. La leccion ha sido ruda; ¡plegue al cielo que te haya convencido de que la verdadera felicidad dimana de la buena conducta y el apego al trabajo, mas bien que de la riqueza! Con que abrázame, y olvidemos lo pasado.

Raoul se arrojó en brazos de su tío.

Han transcurrido algunos años desde los acontecimientos que constituyen esta historia.

Eduardo, terminada su carrera de ingeniero de caminos y canales, ocupa en el cuerpo una brillante posicion: en los círculos científicos y aristocráticos se habla de su próximo enlace con la hija del Ministro de Negocios Extranjeros, la interesante y simpática Gabriela.

Raoul, despues de haber sufrido un brillante exámen, entró en la escuela de Saint-Cyr: hoy es capitán de Estado Mayor.

Siempre que visita á su tío, que le quiere entrañablemente, no puede menos de sonrojarse cuando Antonio, el falso Selim, le abre la puerta.—(Traducido del francés.)

E. HERNANDEZ.



EL 2 DE NOVIEMBRE.

I.

El cielo que va encapotándose con densas y pesadas nubes anuncia ya la venida del invierno. Cubierto con un velo oscuro, parece dar entrada á la estacion del recogimiento, despues de los expansivos dias del regocijo. La melancolía que reina en las alturas se propaga á la tierra; participando de ella el alma, como herida por una sensacion vaga y desconocida.

Si miramos en nuestro derredor, la naturaleza inanimada se nos presenta revestida del mismo carácter de tristeza universal. Ya no visten los copudos árboles millares de millares de verdes hojas que ayer nos daban frescura con su sombra, y embeleso con sus murmullos, en las abrasadas siestas del estío; ni ya vuelcan los arroyos sus sosegadas y cristalinas corrientes sobre el césped de los prados; ni ya la amiga golondrina anida en nuestro techo hospitalario. Hoy las hojas comienzan á revolotear amarilleando, llevadas por un viento helado; en tanto que engrosados los apacibles rios con la lluvia de las nubes extienden sus cenagosas ondas sobre las floridas campiñas que anegan á veces con sus cultivadores; en tanto que la misma golondrina, compañera nuestra durante la estacion de los calores, huye al suelo africano, deseosa de hallar en su templado clima el dulce abrigo que aquí le falta.

En esa estacion que se acerca, el alma se concentra en sí misma, buscando en su propio seno el alimento que no halla en la adormecida naturaleza.

II.

No es en balde, ni estéril, el espectáculo que por estos dias se presenta ante nuestros ojos. La Religion ha querido que no lo sea, y para conseguirlo nos ha detenido un momento en medio de nuestro camino, tratando de movernos el corazon y levantarnos el espíritu al co-

nocimiento de las cosas del cielo, con sólo mandarnos rogar por los que duermen en el seno de su madre la tierra. «*Santo y laudable es orar por los muertos, nos dice, para que sean libres de sus pecados,*» queriendo advertirnos que existe una confraternidad universal entre los que luchan en la tierra, los que padeciendo esperan ganar la felicidad que nunca se acaba, y los que ostentan en sus manos la palma de la victoria.

¿No oís el toque lastimero de esas campanas que cunde por las brisas heladas de Noviembre, como un clamoreo universal? Ese toque es la voz elocuente con que un dia os llama la Religion al recinto de sus sagrados templos, para que sacudiendo por algunos momentos las cadenas que os oprimen, recordeis de dónde nacisteis y á dónde ireis á parar. Cansados están vuestros oidos de oír que todas las grandezas humanas son nada, que la gloria se disipa en un instante, que el mortal pasa por la vida sin dejar huella duradera, como una nave que hiende el mar, como un pájaro que cruza el viento. Pero aunque lo tengais eso olvidado ¿lo habeis comprendido alguna vez? Ay! no, por desgracia. Por esto la Religion os llama un dia del año, dia á la vez triste y consolador; y cobijándoos bajo su manto, os repite con la voz dolorida de esas campanas: «Venid á adorar á Aquel en quien todas las cosas viven.»

III.

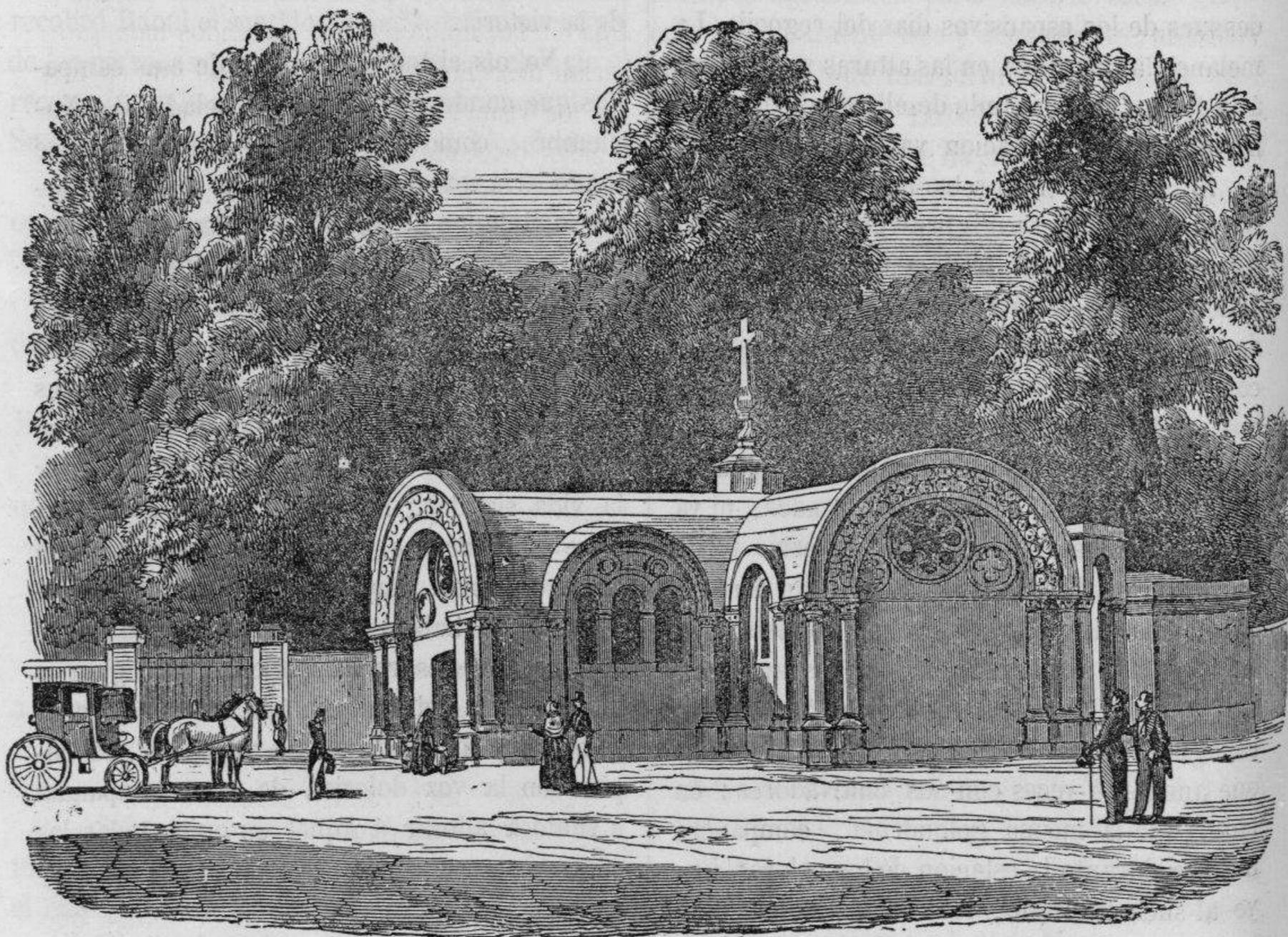
¿Veis la silenciosa multitud que camina por las anchurosas calles de esa poblacion cristiana? Sigamos sus pasos, y entremos con ella en el templo.

¡Qué recogimiento tan solemne reina en la casa de Dios! Todo inclina á nuestra alma á misteriosa meditacion. Ayer la Iglesia cubierta de blancos ornamentos entonaba cánticos de triunfo por los Santos que reinan en el cielo: hoy las altas naves, revestidas de negras colgaduras, nos advierten que ruega por aquellos cuyos restos mortales descansan en la tierra. Hoy se conmemora á los difuntos, y ¿quién de

nosotros no tiene que conmemorar á muchos hermanos que amaba en la vida?

¡Qué tristes son aquellos cirios amarillentos que alumbran el altar del sacrificio! ¡Qué mágico ese ténue susurro que vaga por las altas bóvedas, oracion que quiere salir á los espacios para ganar el cielo! Si hay seres des-

sentirán decir dentro de su pecho; y en estos clamores reconocerán el acento de muchos que les precedieron en su camino y que desaparecieron de sus ojos. ¿Creéis que entonces no abrirán estos á la fé? ¿Creéis que su corazon continuará empedernido y cerrado á toda esperanza de inmortalidad? No, es imposible. Cuan-



Cementerio.

creídos que duden de la nobleza de su origen y de la alteza de su destino, vengan á este santificado recinto en que un pueblo de hermanos olvida por un momento sus arraigadas pasiones, enlazándose ante la sombra de la muerte y la esperanza de otra vida en un abrazo espiritual. Aquellos á quienes nada revele su mente, oscurecida por la tiniebla del pecado, no podrán desoir la voz de su corazon, de su corazon que manará lágrimas. « Apiadáos de mí, porque el dedo del Señor me ha tocado »

do la mirada humana llega á fijarse, aunque momentáneamente, en el secreto de la muerte, una mano misteriosa rompe súbito el velo que la oscurecia. ¡Cuán triste es entonces el desengaño para los que pretendieron vivir engañados! Y ¡cuán dichosos son por el contrario los que vivieron como centinelas vigilantes, aguardando el instante en que habia de acometerles un enemigo que á nadie perdona!

IV.

Pero la multitud sale del templo, y despues de haber orado por el alma de los que fueron, va á tributarles un piadoso obsequio en el lugar en que sus últimos restos descansan. Cuando por religiosas costumbres dormian nuestros antepasados debajo de las losas de los templos á que sus hijos acudian con frecuencia, ó al lado de los mismos, como á la sombra de un árbol protector, esta conmemoracion viva se renovaba todos los dias, y todos los dias se renovaban las súplicas de los hijos por el reposo de los padres. Hoy alejados los muertos de las agitados ciudades de los vivos, descansan en suntuosas necrópolis, pero sólo de año en año reciben la visita de sus descendientes.

Mas ved: ya hemos llegado al lugar que los hombres han llamada *cementerio*, esto es, *lugar del sueño*. ¿Sabeis definirme esa opresiva sensacion que habeis experimentado al pisar sus umbrales bendecidos? ¿De qué os sirve que la sociedad actual haya engalanado con árboles y flores esa postrera morada, si no podeis apartar la imaginacion del sitio en que se esconden las raices de esas flores y de esos árboles? ¿Qué consuelo os proporciona la vista de tantos suntuosos mausoleos, símbolos de grandeza humana, si sólo se registra en su seno un puñado de polvo?

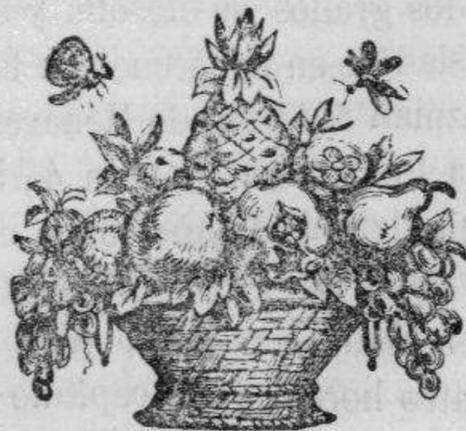
Ningun lenitivo á su dolor experimenta tampoco en medio de esta triste belleza esa apiñada muchedumbre que por todas partes nos rodea. Si al inclinar la frente delante de la sepultura, humilde ó fastuosa, de un ser amado, perdido á su cariño, siente alguno asomar á su párpado lágrimas de consuelo, no goza de este consuelo sino porque ha detenido los ojos en la cruz que corona el sepulcro. Sí; tambien la Religion protege estos lugares. Una reducida capilla, colocada en medio de ellos, guarda el ara santa en que el sacerdote ofrece por vivos y difuntos el incruento sacrificio. Esa modesta campana que resuena en los aires, os lo recuerda si lo habiais olvidado.

V.

Cesemos ya en tan triste peregrinacion. Hora es de dejar este reino del silencio en que yacen sepultados innumerables recuerdos de nuestro corazon. ¿Qué habeis visto en él?— Una ciudad muda, cuyos dormidos habitantes serian desconocidos de la multitud que en este dia los visita, si no habláran en su lugar las lápidas colocadas en la morada de casi todos ellos. ¡Si supiérais qué de grandezas y miserias y tristezas y alegrías, disipadas como el humo, revelan las breves inscripciones que habeis leído en las losas funerarias! El misterioso poder que domina en ese reino ha traído indistintamente á su seno la juventud, la vejez, el poder, la debilidad, la dicha y la desdicha de la tierra. Ahí sólo existe una familia.

Pero ya que hemos orado por las almas que hoy viven en su propia esfera, volvámonos con esa misma multitud que antes nos sirvió de guía; volvamos al calor de nuestros alegres hogares. Sólo os ruego que cuando en las calladas horas de la noche recordeis lo que habeis visto, no permitais que la memoria de la muerte horrorice vuestro corazon. Conservad pura la conciencia, pura como la azulada y serena superficie de un lago, y pensad que la muerte es para el bueno la dulce amiga que le redime de su esclavitud. Oh! cuando penseis en ella hacedlo con la suave melancolía que infunde hoy el cielo que cubre vuestras cabezas.

ANTONIO ARNAO.



LA DOCTORA DE ALCALÁ.

Doña María Isidra Quintina de Guzman y la Cerda nació en Madrid á 31 de Octubre de 1768. Fueron sus padres D. Diego Guzman Ladron de Guevara, marqués de Montealegre y conde de Oñate, y doña María Isidra de la Cerda, condesa de Paredes. Viendo sus padres la feliz disposicion que esta niña presentaba para las letras, la aplicaron á su estudio bajo la direccion del digno maestro D. Antonio Almarza, haciendo grandes progresos en las lenguas latina, griega, francesa é italiana, así como en las letras humanas, filosofía y matemáticas.

A la temprana edad de diez y siete años, María escedió en instruccion á su cuarta abuela doña Luisa Manrique de Lara, condesa de Paredes, sábia en los idiomas francés, italiano y latino, y autora, despues de monja en el convento de Carmelitas descalzas de Malagon, de la obra titulada «Año Cristiano, ó Meditaciones para todos los dias sobre los Misterios de nuestra Redencion,» impresa en Madrid en 1654 en seis volúmenes, y de otros escritos piadosos que conservan con gran estimacion sus descendientes. Este ejemplo escitó en sus padres la gloriosa ambicion de hacer á su hija mas célebre aún, laureando sus estudios en la Universidad de Alcalá de Henares. Recurrieron al señor D. Carlos III, y con el fin de que su real autoridad allanase cualesquiera dificultad que pudiera ofrecerse, espidió S. M. en 20 de Abril de 1785 una Real orden á aquella Universidad, manifestando que permitia, y en caso necesario dispensaba, para que se le confriesen á esta señora los grados de filosofía y letras humanas. Trasladóse en consecuencia toda la familia de Guzman á Alcalá de Henares, donde se efectuó la funcion en los dias 4, 5 y 6 del mes de Junio del mismo año con la mayor solemnidad y aplauso.

Eligió en el dia 4 el punto para leer á las veinte y cuatro horas, y fué capítulo 3.º del libro 2.º del «Ánima,» de Aristóteles. Leyó el dia 5 en latin, satisfizo los argumentos que pusie-

ron tres catedráticos de prima de teología, y respondió á las preguntas que le hicieron siete doctores de aquel Cláustro sobre las lenguas griega, latina, francesa, italiana y española, la retórica, mitología, geometría y geografía, la filosofía en general, la lógica, la metafísica, teología natural y animástica, la física en general y en particular, historia de animales y plantas, sistema del mundo y esfera armilar, y últimamente la ética, segun lo habia prometido en el código de Teses impreso en Madrid.

Recibió el dia 6 los grados de maestra y doctora en la facultad de artes y letras humanas; y la Universidad la nombró catedrática honoraria de filosofía moderna y su consiliaria, aunque los maestros de artes no gozan de este apreciable título. El Cláustro la designó examinadora de cursantes filósofos, cuyo cargo ejerció inmediatamente examinando varios jóvenes.

Todo este lucido acto se refiere menudamente en el Memorial de Junio del aquel año, en que se puso al principio un retrato de dicha señora adornado con capirote y bonete con borla, y la medalla de plata que hizo acuñar en honor suyo la Universidad, en cuyo anverso se vé un bonete con borla.

Antes del testimonio auténtico que recibió esta señora, le habia ya dado otro la Real Academia española, recibéndola por su sócia en el dia 2 de Noviembre de 1784, y para este acto escribió y pronunció una elocuente oracion en lengua castellana, que se imprimió entonces en Madrid separadamente, y despues en el Memorial de Mayo de 1785, en el que se traduce á la letra el elogio que hizo de esta señora el Diario Enciclopédico de Bullon.

ROBUSTIANA ARMIÑO DE CUESTA.

Por lo no firmado: el Director y Editor propietario, P. J. de la Peña.

Editor responsable: D. Leon Moran.

MADRID: 1861.

IMP. DE M. CAMPO-REDONDO, HUERTAS, 42.